

Escrituras

Novela Un cuadro, 'Los once' de François-Élie Corentin, es el catalizador de una historia que ilustra los entresijos de la Francia del Terror

Michon, mago de la lengua

Pierre Michon
Los once / Els Onze
Traducción al castellano de María Teresa Gallego Urrutia y al catalán de David Ilig

ANAGRAMA / CLUB
EDITOR
137 / 122 PÁGINAS
14,50 EUROS
A LA VENTA
MAÑANA

ROBERT SALADRIGAS

No tengo duda de que Pierre Michon (Cards, la Creuse, 1945), legítimo heredero de Julien Gracq y Maurice Blanchot, es hoy una de las tres grandes cimas de la narrativa francesa. Los otras dos son (en mi opinión) Pascal Quignard y Patrick Modiano. He escrito en varias ocasiones que Michon me deslumbró al leer su primer libro, *Vidas minúsculas*, y esa estupenda miniatura que es *Rimbaud el hijo*, su aproximación carnal e intelectual al poeta de los poetas que lo iluminó – en una etapa crítica de absoluto derrumbe existencial – al mismo tiempo que le exigía la costosa, agotadora búsqueda y alumbramiento de sus propias palabras. Luego el providencial descubrimiento de Faulkner (*Absalon, Absalon*) le hizo ver que la buena literatura es texto y que la clave de la escritura radica en su capacidad de verbalizar la conciencia del autor. Sólo entonces, al comprenderlo, Michon pudo ponerse a escribir para ir construyendo libro tras libro una obra ecléctica, fundidora de géneros y registros expresivos, que establece desde la heterodoxia un nuevo orden clásico de sello estrictamente personal. Ese gozoso proyecto (*work in progress*) en espiral y sin una sola concesión a la mediocridad de la época lo empezó Michon en 1984, con treinta y nueve años.

Siempre avanzando, exigente hasta bordear los límites de la fertilidad imaginativa, ahí está su obra más reciente, *Los once* (*Les onze*, 2009), Gran Premio de Novela de la Academia Francesa. Me atrevo a definirla con un solo calificativo: bellísima. Lo aconsejable sería leer a Michon en francés, pero debo admitir que, si bien hacerlo es de lo más gratificante, presenta dificultades por su dominio mágico de la lengua. A veces me recuerda al Paul Valéry de *Monsieur Teste*. Los libros de Michon no suelen ser extensos – a lo sumo rondan los dos centenares de páginas – pero sí temáticamente ambiciosos, de manera que su escritura es de tal in-

Todo imprescindible

La irrupción española de Pierre Michon se produjo en el 2001 auspiciada por Anagrama con *Rimbaud el hijo*, segundo libro del autor que apareció en 1991. Más tarde, siempre en el catálogo de la editorial de Herralde, se tradujo la primera de sus obras maestras, *Vidas minúsculas*, de 1984. Luego llegaron *Señores y sirvientes*, volumen que recoge tres narraciones publicadas entre 1988 y 1996, y *Cuerpos del rey* con otras dos fechadas en 1997 y 2002. En este libro para mí especialmente querido figura, entre otros textos sobre gigantes de la literatura, su homenaje de agradecimiento a William Faulkner, “el padre de cuanto he escrito”. El pasado año se editó *Mitologías de invierno. El emperador de Occidente*, en Alfabet, editorial que tiene previsto publicar próximamente *El rey del bosque. Abades*. En el excepcional corpus de Michon nada es superfluo, de modo que para el buen lector todo cuanto ha publicado a lo largo de veinticinco años no sólo conserva la plena vigencia sino que es imprescindible. Sin exagerar forma parte esencial del más riguroso patrimonio de la gran narrativa europea moderna. A la altura, por ejemplo, del referente multidisciplinar del alemán W.G. Sebald, prematuramente desaparecido. Por fortuna Michon vive y es de prever que pueda seguir incrementándolo con libros de la talla de este último, *Los once*. Para bien de la literatura. Y nuestro. **R.S.**

tensidad que a uno le da la sensación de que cada palabra, cuidadosamente elegida, irremplazable – ha de ser esta y no otra –, está moldeada en hierro al rojo vivo. De todos modos las traducciones de María Teresa Gallego Urrutia, familiarizada desde hace tiempo con la reptante prosa de Michon, me parecen intachables.

Si usted, estimado lector, visita el Louvre y se le ocurre dirigir sus pasos ya extenuados hacia la sala donde acaba el interminable museo buscando el sanctasantórum donde, según ha oído, “tras un cristal blindado de cinco pulgadas” se expone *Los once*, el emblemático cuadro pintado por François-Élie Corentin, también conocido por el *Tiépolo del Terror*, ahórrese el esfuerzo de consumir sus últimas fuerzas en un dédalo de estancias que no le llevarán a parte alguna. Tampoco trate de localizar el título de la pintura y el nombre del artista en el catálogo o la guía del museo. Ni trate de encontrar las páginas en las que, supuestamente, el historiador Jules Michelet describió la pintura de Corentin. Porque ni la tela de los once miembros del Comité de Salvación Pública que en 1784 gobernaba Francia ni el genio de la paleta que los inmortalizó existieron. Sólo son *reales* y por tanto cobran vida y significado en el lenguaje y la simbología, la estética con la que el vigor imaginativo de Pierre Michon los vuelve literatura y, por medio de la fantasía, lo-

Heredero de Gracq y de Blanchot, el escritor es hoy una de las tres grandes cimas de la narrativa francesa

gra convencernos que en efecto fueron productos y potestades de la Historia. El poder de fascinación de las palabras es aquí, una vez más, maravilloso.

Así que no vale resistirse. François-Élie Corentin nació en Combleux en 1730, bajo los cielos pousinianos de las riberas del Loira. Y al cabo del tiempo, en la helada noche de la Epifanía de 1794, el ciudadano-pintor Corentin fue convocado por Bourdon, miembro del sinedrín revolucionario, en la iglesia de Saint-Nicolas-des-Champs para recibir el encargo secreto, el encargo-trampa de reproducir en un lienzo y bajo determinadas premisas a los jefes del *Gran Comité del año II*. Se le dijo: “Conviértelos en lo que quieras: santos, tiranos, ladrones, príncipes. Pero ponlos todos juntos, en una propicia sesión fraterna, como a hermanos”.

Detrás de la propuesta y de la bolsa de monedas de oro había una intención política nada inocente, más bien emponzoñada, que jugaba a los dados con el filo de la guillotina, pero Corentin aceptó, hizo de la banda de los once cha-

PATROCINADO POR



Pierre Michon
fotografiado en
una calle de París
MARTIN BUREAU / AFP